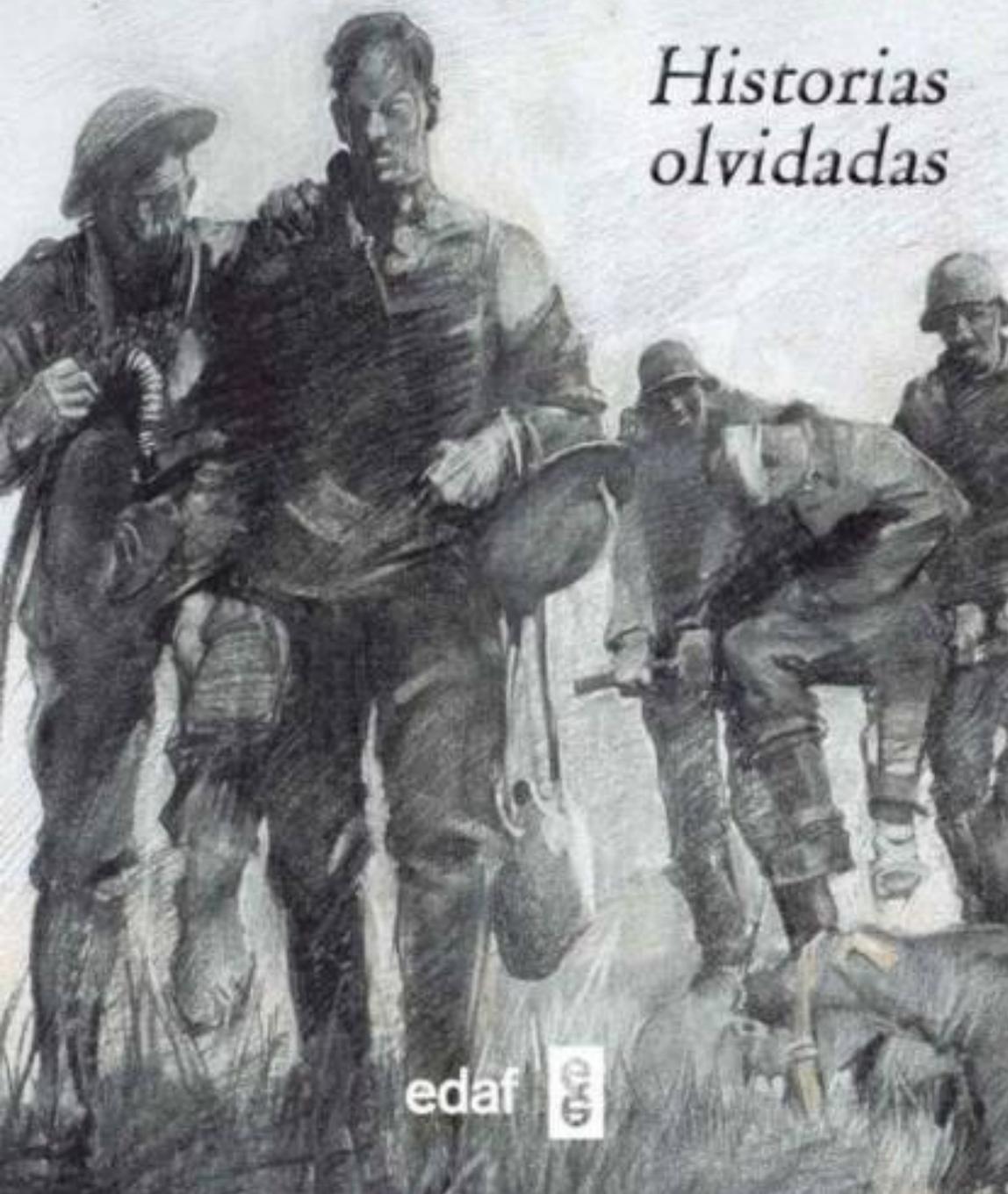


MIGUEL DEL REY Y CARLOS CANALES

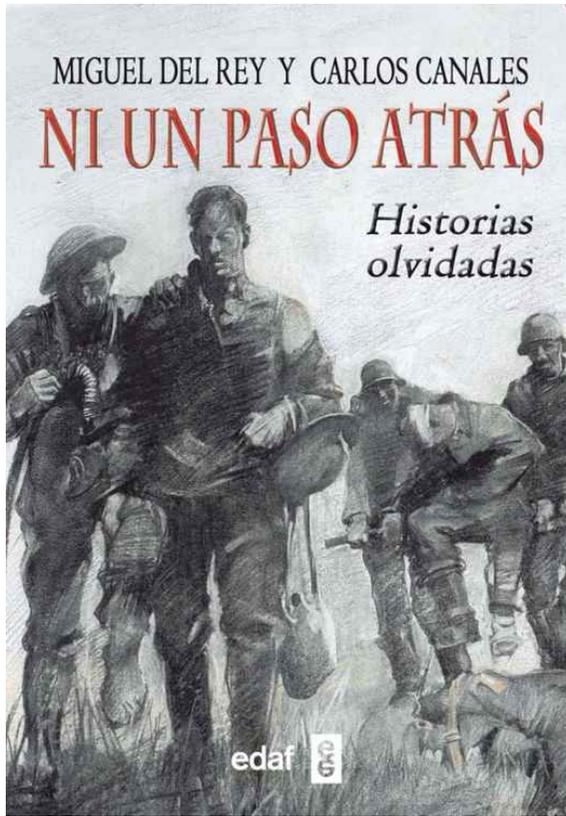
NI UN PASO ATRÁS

*Historias
olvidadas*



edaf





Índice

NI UN PASO ATRÁS

Introducción

EN AGUAS HOSTILES

Los halcones del mar

Nuevos horizontes. (*Las reglas del viento*, 2010)

Un lugar en la historia. (*Naves mancas*, 2011)

El coste de un error

La *Numancia*. (*De madera y acero*, 2013)

Dos veces en la misma piedra

La noche del cazador

Las costas de la imprudencia. (*Una jauría de lobos*, 2012)

GLORIA Y HONOR

La forja de un imperio. (*En tierra extraña*, 2012)

Una colina

El ídolo de barro. (*Las garras del aguila*, 2012)

Sueños de grandeza

Un resplandor en el este

Herencia española

Tan solo un asunto de honor

HERMOSOS VENCIDOS

Dos jornadas

La bandera de la zarina

En el sitio equivocado

Polvo y arena. (*La palmera y la esvástica*, 2012)

El tren

Águilas de acero

MENTIRAS ARRIESGADAS

En la brecha

Golpe de efecto. (*Blitzkrieg*, 2012)

Violencia necesaria. (*La audacia en la guerra*, 2013)

El arte de la prudencia. (*Arrozales sangrientos*, 2012)

SANGRE DERRAMADA

Camino de perdición

El precio del valor

El *Cisne negro*

Ninguna bestia del mundo... (*Waffen SS*, 2013)

En manos de la barbarie. (*Fallschirmjager*, 2012)

Apocalipsis

LA ÚLTIMA FRONTERA

Los invitados

Plus Ultra

El incidente. (*A sangre y fuego*, 2012)

La fuerza del destino. (*Abraham Lincoln*, 2013)

No hay dos sin tres

Cita

Notas

Créditos

NI UN PASO ATRÁS

INTRODUCCIÓN

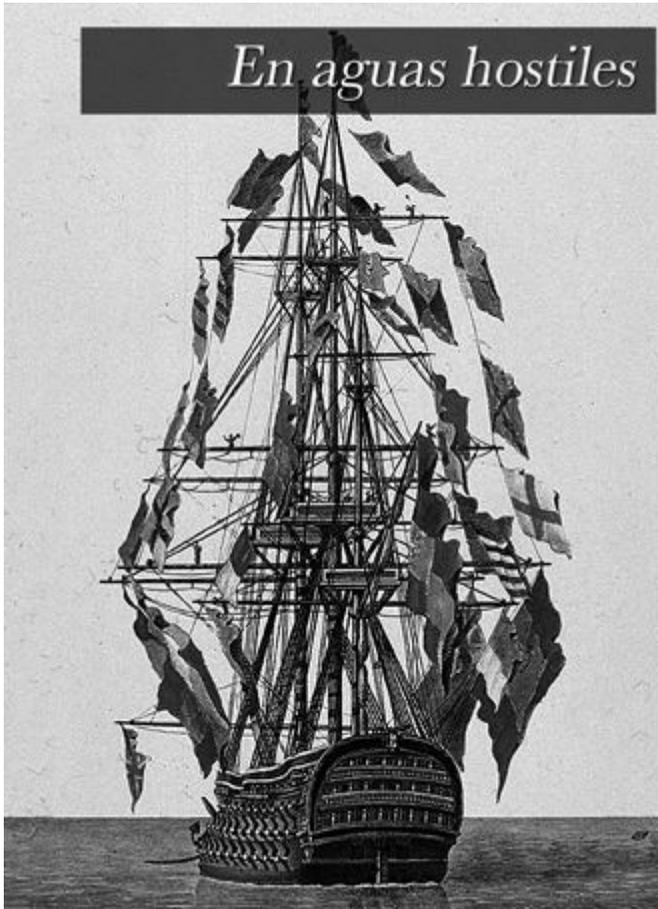
CUANDO HACE YA AÑOS DECIDIMOS COMENZAR nuestros ensayos históricos con una breve introducción novelada —lo que nosotros llamamos Intermedio—, no podíamos imaginar que terminaran haciéndose por sí solos tan imprescindibles. Nuestra idea era sencilla, introducir a nuestros lectores en la obra que íbamos a desarrollar de la manera más directa posible, y solo había una: un relato muy corto, ameno y riguroso, que hiciese referencia a lo que se iban a encontrar en el resto de las páginas.

¿Por qué no continuar así hasta el final y convertirlo en una novela histórica? Porque nunca ha sido ese nuestro propósito. Es más, nunca nos ha convencido ese tipo de novela. Entretiene, es fácil de leer, pero la mayor parte de las veces no es historia. Ni se le parece.

Además, siempre hemos pensado todo lo contrario, que la historia, bien contada, no necesita ser novelada, tiene bastante aventura por sí sola.

Quizá por eso queramos reunir en este libro algunos de nuestros relatos cortos —unos inéditos, otros ya publicados, pero todos reales—, para demostrar que la ficción puede ser muchas veces superada.

Aschau / Coral Gables, 2013.



Navío español de 112 cañones visto por la aleta de babor.

*Como un mar, alrededor de la soleada isla de la vida,
la muerte canta noche y día su canción sin fin.*

Rabindranath Tagore

EN AGUAS HOSTILES

LOS HALCONES DEL MAR

Costa de Cefalonia, Grecia.

Abril de 1564.

EL JOVEN MARINERO, de apenas catorce años, se movió nervioso. Amanecía, y la calma parecía inundarlo todo. Solo se sentía el suave rumor de las olas de un mar tranquilo y en calma por el que se deslizaba con delicadeza un pequeño escuadrón de galeras. Hacía unos minutos había notado algo raro, y eso le inquietó. Con rapidez se dirigió hacia la proa de la nave, atravesó la crujía e intentó no molestar demasiado a algunos de los soldados que aún dormían.

Los que estaban de guardia lo dejaron pasar. Estaban acostumbrados a su presencia y ya no se extrañaban de sus actividades. Le dejaban hacer lo que quisiera. Especialmente porque sabían que para el capitán era una de las personas más importantes a bordo.

Cuando llegó a la proa, el joven se apoyó junto a uno de los cañones y se situó casi sobre el espolón. Estaba seguro

de que había notado algo. Intentó concentrarse y de repente lo sintió de nuevo, aspiró el aire con cuidado, como si tratase de retener el oxígeno y pudiera saborearlo. Ahora lo sabía, no tenía dudas, notaba la mezcla compleja de gases, vapores, y polvo, y la composición de la mezcla influyó de inmediato en su imaginación, capaz de convertir en imágenes aquello que olfateaba. Notaba un olor fuerte, mezcla de putrefacción, heces, sudor, pero también el lejano aroma de un perfume... Estaba seguro, completamente seguro. Eufórico, se puso en pie y lanzó un grito que sobresaltó a todos los que, despiertos o dormidos, estaban a su alrededor: «¡Galera enemiga, más allá del horizonte, sobre la amura de estribor!»

Con increíble velocidad el buque se llenó de vida, los gritos de los sargentos, el movimiento de los que se despertaban, las órdenes de los oficiales y del cómitre que aullaba a los remeros, se mezclaron con la actividad de marineros y soldados que frenéticamente se ponían en marcha. En el puente, a popa, el capitán dio instrucciones a su paje para que dispusiera sus armas, yelmo y armadura. No hacía falta decir mucho más, confiaba en el muchacho y había que proceder con rapidez y aprovechar la sorpresa. Estaban cerca de las costas enemigas, y si el navío o navíos descubiertos navegaban junto a ellas, era la prueba evidente de que no se trataba de cristianos.

Se prepararon los cañones de proa y los falconetes pedreros, mientras los hombres se disponían en cubierta y se repartían arcabuces, hachas, picas y espadas. Los tiradores ocuparon sus posiciones y los grupos de abordaje se situaron para la lucha, mientras los marineros faenaban para que la galera pudiera alcanzar su velocidad máxima.

Una gigantesca bandera esarlata con una cruz blanca de ocho puntas se movió agitada por el viento al ser desplegada. Era la enseña de «La Religión», el emblema más temido por los enemigos de Cristo: la cruz de la Sagrada y Soberana Orden de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, Rodas y Malta. En la galera muchos sospechaban que navegaban al encuentro de un enemigo peligroso, po-

cos que se iban a enfrentar a una lucha mortal que se prolongaría por espacio de cinco horas. Tal vez algunos se dieron cuenta de que pronto decenas de sus compañeros iban a morir, pero ninguno sabía que lo que iban a hacer tendría consecuencias decisivas para el futuro de la isla que constituía su hogar.

Situados en las gavias del palo mayor, los señaleros marcaron con banderas jaqueladas en blanco y negro a las galeras del escuadrón, a estribor y babor, que había un cambio de rumbo. Desde ellas sus tripulantes vieron cómo la nave capitana, con las velas desplegadas al viento e impulsada por los remos en boga de combate, navegaba decidida hacía un destino que todos sabían, pues conocían la agresividad, la ferocidad y la decisión del caballero que la gobernaba con mano de hierro.

Nadie se extrañó de su alarde. Era como si buscarse que desde los peces del mar a las aves del cielo supieran que él, frey Mathurin d'Aux de Lescout-Romegas, el más grande de los halcones de guerra de Malta, había encontrado una nueva presa. Una, cuya captura le iba a proporcionar más de 80 000 ducados de oro y le permitiría conocer a la hija del sultán, su mayor enemigo. Una que iba a cambiar la historia del mundo.

NUEVOS HORIZONTES

En el mar de Irlanda.

Verano de 1579.

SA MAÑANA, EL PESADO GALEÓN se movía suavemente mecido por las olas en las seguras aguas de la bahía. En el centro del castillo de popa un caballero vestido de negro atendía a las explicaciones que le daban sobre el desarrollo del desembarco que acababa de apoyar. Su nombre era Juan Martínez de Recalde, un noble de Bilbao, brillante marino, que habitualmente comandaba la flota de escolta del tesoro de Indias y que en esta ocasión participaba en una extraña aventura por voluntad propia, sirviendo al papa Gregorio XIII, por su fe y su decidida voluntad de defender su religión. El desembarco del escaso centenar de soldados españoles fue efectuado por dos barcos de apoyo que por su menor calado pudieron aproximarse más a la costa. Respecto a los soldados enviados a tierra, los españoles no estaban solos, formaban parte de un heterogéneo grupo de mercenarios irlandeses, italianos e ingleses, al servicio de la Santa Sede.

Desde las rocas que bordeaban el puerto de *Ard na Caille*, nombre con el que los «salvajes» de la zona conocían la llamada por los ingleses bahía de Smerwick, podía verse la fortificación que las tropas expedicionarias, con el material que cuidadosamente embalado y numerado habían traído desde Santander, habían comenzado a levantar con profesional meticulosidad. También los dejaron más de 100 piezas de artillería y casi 2 000 mosquetes y arcabuces. El fuerte, al que la historia iba a conocer como *Dún an Óir* — el Fuerte Dorado—, se estaba levantando junto a un antiguo asentamiento de la lejana Edad del Hierro. Allí los dos líderes de la expedición, Sanders y Fitzmaurice, desplegaron un enorme estandarte papal, y junto a las tropas formadas, leyeron las cartas del santo padre que proclamaban la guerra contra los herejes.

Poco después, tras despedirse formalmente, don Juan volvió a embarcar. En ese momento comenzaba la segunda parte de su viaje, una que no había contado a nadie, que iba a realizar por su cuenta, sin servir a bandera extranjera alguna. Ya en su galeón, ordenó levar anclas y dirigirse a mar abierto, seguro de que su poderoso buque no tenía

nada que temer. De camino al puerto de Dingle había capturado dos pequeños transportes ingleses cargados de mercancías de poco valor. Salvo esa excepción no habían visto vela alguna.

Sin ninguna ceremonia sus marineros arriaron la bandera pontificia y procedieron a elevar en los palos unas banderas diferentes. Al mayor subió la enseña blanca con las aspas rojas de San Andrés, el emblema por antonomasia de la Casa de Austria y de las naves de España, en el palo de mesana se izó el mundialmente conocido estandarte de los leones y castillos de su reino y, en la popa, una gigantesca bandera carmesí con el escudo del viejo señorío de Vizcaya.

Lentamente impulsado por el viento, el galeón se deslizó fuera de la bahía. El capitán ordenó al piloto que se dirigiera al norte, cerca siempre de la costa. Con la precisión y detalle que lo caracterizaba, recorrió la isla durante varias semanas, levantando mapas, buscando fondeaderos, puertos, ensenadas protegidas y estudiando las mareas y los vientos. Su intuición le decía que su acción era solo el prólogo de algo más grande... Finalmente, cuando consideró que había averiguado lo que quería, puso rumbo a España. Ahora sabía más que ningún marino español sobre las costas occidentales de la isla verde, algo que sería para él y para su nación de extrema utilidad si, como preveía, España se veía envuelta en una confrontación funesta con Inglaterra. Un hecho que, por otra parte, deseaba y estimaba conveniente.

En los mismos días en los que el experimentado marino vizcaíno se dedicaba a levantar cartas y mapas de la costa irlandesa, a miles de kilómetros de distancia, un hombre de perilla rojiza y ademanes elegantes, cubierto con una armadura pavonada con la banda roja de los generales imperiales, caminaba entre las aclamaciones y vítores de centenares de soldados, sucios y polvorientos, pero orgullosos y altivos, que se descubrían a su paso.

Al fondo, entre las enormes banderas de colores adornadas con grandes aspas rojas de San Andrés, se veía solo un

paisaje de ruinas y desolación oscurecido por el humo de los incendios. Destacaban los restos dañados por la artillería de los lienzos de la muralla de la recia fortaleza holandesa de Maastricht —Mastrique para los castellanos—. Acababa de caer después de un implacable sitio de cuatro meses, y había sido entregada al saqueo.

Tras la victoria, el general de la negra armadura sabía que el sur de los Países Bajos estaba asegurado y que ahora tenía una buena oportunidad para blandir su espada contra el corazón del territorio rebelde y, siguiendo su metódica campaña, conquistar las plazas enemigas, si era necesario, una por una. Era el mejor soldado de su tiempo, algo que sus hombres ya sabían y él también. Se llamaba Alejandro Farnesio, era duque de Parma y tenía el mando de la mejor fuerza de combate de Europa: el ejército de Flandes.

Ninguno de los dos podía imaginar en aquel momento que el destino los uniría finalmente frente a las costas de Inglaterra en una de las más fascinantes aventuras de la historia, la protagonizada por la Gran Armada de Felipe II. El momento en que España alcanzó el cenit de su poder y también cuando sufrió su primer tropiezo.

UN LUGAR EN LA HISTORIA

Cabo Celidonia, Chipre.

14 de julio de 1616.

ESDE EL PUENTE DEL GALEÓN *Concepción* el capitán Francisco de Ribera veía perfectamente, a la clara luz del verano

del Mediterráneo, toda la línea de las galeras enemigas **D** que navegaban en boga de combate directamente hacia su bajel.

Se apreciaban con claridad las banderas y estandartes rojos y verdes, con letras en alfabeto árabe y medias lunas de plata y oro bordadas. Era un espectáculo fascinante, pero también aterrador, al que se unía el sobrecogedor sonido de trompetas y tambores que traía el viento.

Podía parecer absurdo pero, aún siendo un castellano del interior, pues era natural de Toledo, el capitán español ya lo había visto antes. Cierto es que no en la realidad, pero lo había contemplado en sus ensoñaciones de niño, cuando con su imaginación, se transportaba a un mar lejano en el que centenares de naves turcas se echaban encima de su barco y él, en el puente de su galera, se preparaba para la batalla. Y lo había visto, porque al igual que todos los españoles de su generación, había conocido a veteranos de Lepanto, que en las tabernas y las posadas, acompañados de una jarra de vino, contaban cargados de emocionantes fantasías sus hazañas en «la más alta ocasión que vieron los siglos», a todos los adultos que quisieran escucharlos, y a la turba de mocosos que se amontonaban a su alrededor y soñaban con duelos de espada y combates de galeras en un mar que muchos nunca habían visto y otros jamás llegarían a contemplar.

Ribera sabía que era tarde para evitar el enfrentamiento, que él mismo había buscado. Llevaba ya varias semanas saqueando las costas de Chipre y, raro hubiera sido que el turco no reaccionase, cuando le estaban arrasando el tráfico comercial, en su casa, y delante de sus narices. Lo que Ribera y sus capitanes no habían supuesto era que las naves enemigas fuesen tantas. Al fin y al cabo, fiel cumplidor de las órdenes recibidas del duque de Osuna, había hecho lo que le pedían, llevar sus veleros al fondo del Mediterráneo y hacer el mayor daño posible al turco. Y a fe, que daño le estaban haciendo.

Siguiendo sus instrucciones, marineros, artilleros y soldados trabajaban frenéticamente. Los primeros, habían bota-